



### Cuento americano

## Los círculos negros del bosque

El primer guardián del fuego fue la madre del jaguar. Ningún otro animal conocía la manera de hacer fuego, y ella guardaba el valioso secreto con gran celo.

El armadillo fue el primero de los animales que intentó robarle el fuego. Fue a su casa y le pidió con mucha educación que lo dejara calentarse un poco. Ella dio su consentimiento, y el armadillo se sentó a esperar una oportunidad de hacerse con el fuego. Al cabo de un rato, la madre del jaguar comenzó a quedarse adormecida; entonces el armadillo se puso a hacerle cosquillas en las almohadillas de las patas con una pluma. Poco después, dormía plácidamente.

De inmediato, el armadillo robó de entre las llamas una ramita que ardía, y echó a correr a toda velocidad. No logró llegar muy lejos, pues en cuanto dejó de hacerle cosquillas, la madre del jaguar se despertó y llamó a su hijo, el jaguar, que salió en persecución del ladrón, recuperó la ramita ardiente, y volvió al hogar con ella.

Al día siguiente, fue el tapir el que decidió probar suerte y se acercó hasta la choza de la madre del jaguar.

-Buenos días, abuela –dijo-. ¿Puedo descansar junto al fuego? He tenido que correr mucho para escapar de los cazadores y estoy muy cansado.

Ella le dio su consentimiento y el tapir se tumbó tranquilamente. Muy pronto, la madre del jaguar estaba dormida y el tapir cogió una ramita ardiendo y corrió hacia el bosque.

Para su desgracia, cuando se alejaba de la choza, tropezó con las raíces de un árbol y cayó al suelo, despertando a la madre del jaguar. De inmediato el hijo del jaguar acudió, y el tapir, como antes el armadillo, perdió su fuego.

Así, uno tras otro, los animales del bosque trataron de apropiarse del fuego, pero ninguno logró su propósito. Todos conseguían adormecer a la madre del jaguar, pero ella siempre se despertaba y llamaba a su hijo para que la ayudara.

Sólo faltaba un animal por probar suerte. Era el pecarí, que decidió probar un método diferente de ataque, así que, en lugar de dormir a la madre del jaguar, entró tan tranquilamente en la choza y dijo:

-Buenos días, abuela. Vengo a buscar un poco de fuego.

Antes de que la madre del jaguar se diera cuenta de lo que pasaba, el pecarí tomó del fuego un leño ardiendo, salió y se lo llevó corriendo al bosque. La madre del jaguar se quedó tan sorprendida que hasta un rato después no se acordó de llamar a su hijo. Cuando lo hizo, el pecarí ya se encontraba lejos de allí. Y como era muy hábil para esconderse de sus perseguidores, pudo mantenerse algún tiempo lejos de su vista. Pero, al final, como siempre ocurría, el jaguar le dio captura junto al río Guazú Paraná.

Para entonces, ambos animales estaban muy cansados, por lo que se tumbaron en la orilla del río, sin resuello. El pecarí fue el primero en recobrar el aliento y preguntó:

-¿De veras el fuego es tan importante para vosotros? ¿Por qué no coméis carne cruda? Os sentaría mejor que la carne asada.

-Si eso fuera verdad –replicó el jaguar, mirando con hambre al pecarí-, ¿para que quieres tú el fuego?

-Es que deseaba conocer el sabor de la carne asada –dijo el pecarí con inocencia- sólo por una vez. Pero, dime, ¿cómo la preparas?

-Si tienes prisa –le dijo el jaguar-, deberás encender un fuego primero, y luego poner un trozo de carne atravesado por una vara sobre las llamas, hasta que esté dorado. Si tienes más tiempo, haces un hoyo en la tierra y enciendes un fuego dentro. Cuando se hayan formado brasas, envuelves la carne con hojas y la colocas en el hoyo. Después la cubres con cenizas calientes y con tierra y la dejas cocer durante varias horas. Queda realmente deliciosa.

Al jaguar le gustaba explicar las cosas con mucho detalle, y cuando acabó con su exposición, el leño ardiente que había robado el pecarí se había apagado.

-No te preocupes –le dijo amablemente el jaguar-. Es muy fácil hacer fuego. Enseñó al pecarí cómo se hacía fuego, cogiendo un puñado de hierba seca y procediendo a frotar, acto seguido, dos palos sobre ella, hasta que una chispa se desprendió de ellos y convirtió en llamas la hierba seca.

-Ahora has aprendido todo lo que querías, debes irte –le dijo el jaguar.

-Te recomiendo que pruebes el sabor de la carne cruda –le contestó el pecarí-, espero que te guste.

Entonces los dos animales se separaron.

El pecarí estaba tan contento con su descubrimiento, que encendía fuego en todos los claros del bosque que encontraba a su paso. Cuando llegó a su poblado les explicó cómo se debía proceder para obtener fuego, y cómo usarlo de la mejor manera.

Luego fue de aldea en aldea, comunicando los conocimientos que el jaguar le había dado. Hoy día, aún pueden verse en el bosque círculos negros. Son testimonio de algunos de los fuegos que encendió el pecarí.

En lo que al jaguar se refiere, sólo cabe decir que ni él ni su madre volvieron a probar la carne asada, y hasta hoy continúan comiendo carne cruda.